



## CONGREGATIO PRO CLERICIS

### XIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - C

#### **Citas:**

**Is 66,10-14c:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9appccb.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9appccb.htm)

**Gal 6,14-18:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9a0iyqf.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9a0iyqf.htm)

**Lc 10,1-12.17-20:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abttmj.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abttmj.htm)

Siguiendo el itinerario de la vida pública de Cristo, comenzado el domingo pasado, la Iglesia nos propone en el pasaje del Evangelio de hoy, una realidad que es también una urgencia: la institución misionera, hecha por Jesús, para poder llevar la buena nueva a todos los pueblos.

Los textos litúrgicos presentan este tema en todos sus aspectos: las misiones como tarea de la Iglesia, como responsabilidad de aquellos a los que se les confía el mandato, como responsabilidad de aquellos a quienes se les hace llegar el anuncio.

En pocas palabras, podemos afirmar que toda la Iglesia es llamada por Cristo a ser misionera.

Jesús había elegido a doce apóstoles para que, estando muy cerca de Él, fueran sus más directos colaboradores en la predicación del Evangelio. A continuación, parecería que el Señor hubiera querido organizar todavía mejor el ministerio de la Palabra, por lo cual se preocupó de elegir y reunir a otros setenta y dos discípulos para que fueran de dos en dos delante de Él, en cada ciudad, pueblo y lugar donde iría.

Nos encontramos, por así decir, delante de un grupo considerable de anunciadores de la Palabra, casi como un pequeño ejército, al menos para aquel tiempo, que debería conquistar pacíficamente a los distintos pueblos para el Reino de Dios.

Pero Jesús parece subrayar que, mientras estaba por comenzar su obra evangelizadora, ese equipo era más bien pequeño para poder alcanzar a todos los pueblos. Lo hace afirmando: “la mies es mucha, pero los obreros son pocos”. Y Dios quiere que su don, sin reservas, esté destinado a todos y haya para todos la posibilidad de salvación, llegando al conocimiento de la verdad y acogiendo la misericordia y el amor de Dios.

Para alcanzar esta meta, Jesús se sirve de hombres, llama a los colaboradores, envía a los anunciadores del mensaje, los ministros de su Palabra que salva.

En su infinita sabiduría y omnipotencia, el Señor bien habría podido utilizar otros medios, pero prefirió ofrecer el don de la salvación a todo hombre, involucrando al hombre mismo en el movimiento de difusión y de expansión del Evangelio.

El problema de la evangelización y de la nueva evangelización es, para la Iglesia, absolutamente prioritario, y mientras transcurre el tiempo es más urgente y más

actual, en cuanto que los valores cristianos se desvanecen o se apagan en las conciencias de los hombres. El sentido religioso, natural y espontáneo, educado y madurado en el contexto de la fe cristiana, va evaporándose en el contexto de una atmósfera general difundida por los medios.

El Evangelio debería ser anunciado y redescubierto de nuevo, para llevar a cabo una evangelización en la que todos los cristianos se sientan involucrados, y no sólo aquellos que marchan a países lejanos, sino también aquellos que, permaneciendo en sus propias ciudades, deben advertir la urgencia de dar coherente profesión de la propia identidad y dar razón de la propia fe.

Es importante, pues, que el anuncio del Reino sea creíble y el testimonio sea convincente, porque es anunciado no sólo con palabras sino con las obras. Y para ser creíbles es necesario ser creyentes.

Es este un compromiso que requiere coraje, puesto que es necesario saberse libre para afrontar las dificultades de ir contra corriente. Es el coraje de quien sabe que puede contar con Jesús, como aquellos primeros enviados que, aunque eran inexpertos e iban sin nada, creyeron y partieron.

Era Él su pensamiento dominante, mientras marchaban susurrando su nombre en el corazón. Y su sorpresa fue grande cuando, en vez de la ferocidad de los lobos, experimentaban que los demonios se les sometían.

La fuerza de Cristo obraba prodigios por medio de esos que no pensaban ser capaces de hacerlo. El discípulo del Señor puede anunciar el Evangelio a condición de que tenga una sólida fe en Aquel que lo ha mandado. Sólo la fe auténtica obtiene la victoria en la obra misionera.

Esto es lo que dice San Pablo en la segunda lectura, cuando pone en la Cruz de Cristo toda su confianza. Por medio de la Cruz de Cristo el mundo fue vencido, y la muerte y la resurrección de Jesús demuestran que la lógica que sigue el mundo ya está superada. Lo que cuenta es ser alcanzado y renovado por Cristo para ser una nueva criatura.

En efecto, es agarrándonos a Cristo como encontramos la paz de Dios y su misericordia.

De esta paz se hace promotor el gozoso anuncio de Isaías en la primera lectura, describiendo la alegría que inundará la nueva Jerusalén cuando Dios, como tierna madre, cuidará de sus habitantes que, quizás, vuelven de las duras experiencias del exilio. En el pasaje de Isaías, es evidente que el concepto de paz, suprema aspiración de la humanidad, es don de Dios antes que conquista fatigosa del hombre. Ella no puede ser alcanzada establemente si Dios mismo no constituye su fundamento. El que anuncia el Evangelio es, seguramente, un mensajero de esta paz.